

## Los santos de Asís

Gonzalo Rodas Sarmiento

(décima parte)

### 27.- Antonio y su vocación

Hasta hace poco yo me llamaba Fernando. Tan solo el año pasado me puse Antonio, cuando me incorporé a los Hermanos Menores. Es uno de los pasos más importantes que he dado en mi vida, sólo comparable con el de hoy, que eso sí, es mucho más solemne. Es el día de mi ordenación sacerdotal, a la que asisten mis padres, muy contentos, pues ya se acostumbraron a la idea. Largos años tardaron en asumir que mi camino no es el tradicional que ellos habrían querido para mí. Cuando decidí dejar el mundo para entrar a un convento, hace ya muchos años, casi se murieron de la impresión. Fue un golpe duro para mi padre. Yo tenía apenas 18 años, y mi vida ya había hecho crisis.

-Tienes facilidad para el estudio -me dijo, el día en que me atreví a comunicarle mi decisión-. ¿Y... la vas a desperdiciar?

-No la voy a desperdiciar. Estudiaré para canónigo.

Eso es lo que yo quería hacer con mi vida. Aprender mucho acerca de Dios, y enseñarlo. Bueno..., aunque es imposible aprender mucho..., al menos, todo lo que sea posible. Creo que uno nunca llegará a comprender la grandeza de Dios. Todo lo que parece imposible me llama con fuerza.

A mi madre no le costó tanto aceptarlo. Creo que a ella puedo decirle lo que siento. Tuvieron que resignarse, después de varios días en que yo no cambiaba de idea. Estaba decidido a dejar las riquezas y las vanidades del mundo, y orientar mi capacidad de estudio al servicio de Dios. Así fue como entré a la comunidad de canónigos de San Agustín, en un convento muy próximo a la ciudad de Lisboa donde nací y me crié.

Mis amigos me visitaban casi todos los fines de semana, y se reían con mucha bulla, y hasta me picaneaban para que me consiguiera permiso para salir con ellos alguna vez. Tanto ocurrió esta situación, que el canónigo superior se aburrió de esperar un mejor comportamiento de mi parte, y me trasladó al convento de la Santa Cruz, en Coímbra, la capital. Desde entonces pude dedicarme al estudio y a la oración. Aprendí muchísimo acerca de la Biblia y la teología.

Un día, el superior del convento, que es sacerdote, me ofreció completar mi estudio un año más, y así poder optar a ser presbítero. Puse eso en oración, me levantaba muy temprano a preguntarle al Señor qué he de hacer. Después de unos días, acepté de muy buen grado. No sé si habría llegado a esa misma decisión si hubiera ocurrido antes lo de los mártires, pues fue algo que me removió profundamente.

Era un grupo de cinco monjes atípicos, pertenecientes a la comunidad de Hermanos Menores. Con Berardo a la cabeza, pasaron por Coímbra hace un poco más de un año, yendo de paso hacia Marruecos. Tenían el férreo propósito de predicar en el mundo árabe, y hacia allá partieron. En Coímbra habían sido acogidos con calidez. Hasta la reina los invitó a palacio una tarde porque quería saludarlos.

Acá admiramos al fundador de los Menores, un italiano llamado Francisco, muy conocido por haber renunciado no sólo a las riquezas personales sino también hasta a los más pequeños bienes comunitarios. Muy cerca de aquí está el monasterio de San Antonio Abad, que los Menores tienen en Coímbra. Y hasta existe también un convento femenino de Hermanas Menores en Las Cellas. Éste fue fundado hace poco por la infanta Sancha, hermana carnal de Teresa, monja también pero tradicional, cisterciense.

Lo que ocurrió en Marruecos fue que estos cinco Menores entregaron sus vidas por la causa de Cristo. Sólo regresaron a Coímbra sus cuerpos, traídos en dos cofres de plata por el infante don Pedro, que se hallaba en expedición en Marruecos y había entablado una buena amistad con estos jóvenes. Él pidió los cuerpos para darles sepultura. Tuvo que superar toda clase de dificultades antes de arribar con ellos a Coímbra, varios días después de haberse anunciado. La reina y gran parte del pueblo salieron a recibirlo. El funeral se llevó a cabo en Santa Cruz, y acá mismo quedaron enterrados los cuerpos, pues en el San Antonio Abad no había lugar, si tiene sólo un par de celdas y una sala que llaman comedor.

Para mí fue una experiencia fuerte, y le prometí al Señor que yo también llegaría a ser mártir, como esos cinco valientes.

La oportunidad se vislumbró muy poco tiempo después, un día en que vinieron a la "canónica", como dicen ellos, dos Menores a pedir limosna y a rezar ante la tumba de sus mártires. Quise acompañarlos en esa plegaria, que después fue derivando a una conversación.

-Me gustaría ingresar a vuestra comunidad -les dije, simplemente- y ser enviado a tierras musulmanas.

No me pusieron ningún problema. También conseguí permiso de mis superiores, a pesar de que estaba dejando pendiente la parte final de mis estudios y la ordenación sacerdotal. No importa. Los llamados de Dios hay que atenderlos.

Me fui a vivir al convento San Antonio Abad, y en honor a ese admirable santo, uno de los primeros en optar por una vida monástica, decidí llamarme Antonio, para que me ayude a ser como él. Tuve que renunciar a todas mis comodidades porque acá el espacio es muy reducido, y a veces no hay ni siquiera pan duro que comer. Es increíble, pero esta vida ma ha acercado más a Dios.

En cuanto pude le pedí al Hermano guardián que me enviara a Marruecos a predicar. Se demoró un poco en concedérmelo, pero por fin llegó el día de partir a mi misión, a comienzos del 1221. Durante el viaje no hubo contratiempos. Yo estaba dichoso, pero me enfermé a poco de llegar al mundo árabe. La verdad es que nunca he tenido muy buena salud, y eso atentó en mí contra. Alguna infección atacó mis entrañas, y me dio mucha fiebre. Creí que iba a sanar pronto, pero eso no ocurrió. Cada vez se iba agravando mi estado, y tuve que volver pues así como estaba no valía un mendrugo. El ánimo no me

alcanzaba para dar muchos pasos. En esas condiciones tenía que salir a mendigar para mantenerme.

Pensé que ya habría otra oportunidad, más adelante. Con tristeza me embarqué de vuelta, sintiéndome pésimo. Para peor, se desató una tormenta que casi nos hace naufragar. Por suerte pudimos bajar en Sicilia. Yo, vomitando, fui llevado a un hospital donde me atendieron muy bien, hasta que mi enfermedad sanó, faltando apenas unos pocos días para Pentecostés.

Ya que estaba en Italia, me pareció conveniente no perderme el Capítulo de este año, que se celebraría en Asís en esa fecha, así que emprendí el viaje hacia el norte, incluyendo un trayecto corto por mar, y lo demás por tierra. Llegué muy a tiempo al pueblito de Asís, que yo no conocía aún. Me encontré con el Hermano guardián del convento San Antonio, que se puso contento al verme, y con muchos otros Hermanos Menores, provenienetes de todas partes.

Lo más notable fue encontrarme con Francisco. Es un hombre delgado y bajito, con una fuerza espiritual increíble. Conversé mucho con él, gracias a que, siendo niño, aprendí a hablar en italiano. Él es muy llano y abierto. Me dijo haber quedado impresionado por mi cultura religiosa. Le respondí que mucho más impresionado estaba yo por su humildad. Francisco se sentaba a los pies de Elías mientras éste presidía la asamblea. Es el ministro general desde hace un poco más de un mes, al morir Pedro Cattani, el anterior vicario.

Fue un Capítulo interesante, y me sentí muy feliz de pertenecer a esta comunidad. Hasta me concedieron la palabra en cierto momento, y estuve fascinado contando mis últimas experiencias y dando a conocer mis motivaciones para estar allí.

Ocurrió una anécdota notable. A un Hermano de los que estaban de visita se le perdió un libro que para él era valioso por las enseñanzas que tenía, y porque se lo había regalado una persona muy querida. Le prometí rezar para que apareciera el libro, y así lo hice después de la jornada diaria. A la mañana siguiente, muy temprano, iba yo caminando y divisé algo entre unos matorrales. Era un libro con sus tapas húmedas de rocío. Lo tomé, lo limpié y se lo llevé al Hermano distraído, quien se puso feliz con mi hallazgo.

Francisco me pidió que por favor enseñara algo de teología a los Hermanos en diversas regiones, pues yo era la única persona, según él, capaz de hacerlo en forma fiel al evangelio. Me explicó que la mayoría de los eruditos dejan de lado lo más esencial y se sumergen en las elucubraciones intelectuales.

-Sólo se llega al Padre a través de Jesucristo -dijo para reafirmar lo anterior-, lo dicen los evangelios.

En eso tiene toda la razón. Y cuando le conté que tenía pendiente mi ordenación me insistió encarecidamente que no siguiera postergando eso ni un minuto más.

-Eres ya como un verdadero obispo -señaló.

Recuerdo cuando estuve estudiando para canónigo, y después me di cuenta de que eso no era lo que yo buscaba. Por eso estoy derivando a presbítero, y más que nada por la insistencia de Francisco. Fue entre medio que ocurrió lo esencial. Ver lo que pasó con esos mártires me cambió. Algo me decía que ése iba a ser mi destino. Cada paso que he dado ha sido importante, pues no se avanza en línea recta. Me gusta el estudio, y lo que más me gusta es animar, despertar en los demás las ganas de transformarse. Se necesita insistir. No retraerme porque me miren mal. Continuar en pie mientras tenga

vida. La iniquidad tiende a mantenerse, no quiere ser erradicada. Hay que tener fuerza para derrotarla. Les hablo a los que escuchan y a los que no quieren escuchar. Me costó darme cuenta de todo esto. Es el niño sabio que uno lleva dentro el que sobresale siempre.

Al despedirme de Francisco, al final del Capítulo, me volvió a repetir todo su sermón, con tal fuerza que aquí estoy en la "canónica" de Santa Cruz, a punto de ser sacerdote. Es una ceremonia hermosa, llena de símbolos, que no sólo me llena de emoción sino que también eleva profundamente mi ser hacia el Creador.

## **28.- Francisco y la forma de vida**

Cuando estuve con Elías en Narni, el año pasado, me sucedió algo asombroso. Nos encontrábamos recorriendo la zona central del país, llevando la palabra y viviendo de la limosna. Habíamos salido de Asís varias semanas antes, para asistir al funeral de Domingo de Guzmán, en Bolonia, y al volver visitábamos cada ciudad, por uno o dos días. A tal punto, que nos pasamos de largo hacia el sur, por los pueblos cercanos, y también los más alejados.

Disfrutamos viendo cómo se aproximaba la gente, y hasta se unían a nuestras canciones. Muchos renunciaban a sus vanidades para emprender el camino de Cristo.

Fue en Narni que ocurrió algo especial. Todo comenzó cuando un muchacho me dijo en la plaza:

-Ven a sanar a mi padre, por favor.

-¿Qué enfermedad tiene tu padre?

-No puede caminar... Si no fuera por eso, él mismo habría venido acá.

-Sólo Dios puede sanarlo -respondí- pero... vamos a tu casa, y conversemos un rato con él.

El joven me miró con extrañeza y nos llevó a su casa. Mucha gente nos siguió, y hasta entraron unos pocos con nosotros. El hombre estaba postrado en su cama sin poder moverse, desde hacía casi un año. Intentaba comunicarse poniendo su lengua en tal o cual posición y haciendo unos raros guiños de ojos. Les pedí que entre todos pidiéramos a Dios que le diera un poco más movimiento al dueño de casa. Pedro es su nombre. Así lo hicimos, durante casi media hora, luego de la cual dije a la gente:

-Ahora, vamos a cambiar la oración. Le vamos a decir a Dios que estamos muy agradecidos...

Me miraban sin comprender.

-... porque tenemos la certeza -continué- que Dios nos escuchará.

-Gracias, Señor -recé- porque darás movimiento a Pedro, que te lo está pidiendo.

Así estuvimos otra media hora. Después hice la señal de la cruz sobre su frente y empecé a retirarme. Pedro quiso abrazarme y, aunque no podía lograrlo, al menos pudo mover sus brazos y manos, lo que ya era algo notable.

-Tienes que hacerle ejercicios -dije al niño antes de irme.

Volví a esa casa, con Elías, antes de salir de Narni y vimos que Pedro daba ya algunos pasos, y hasta hablaba, lo cual nos puso contentos a todos.

Seguimos viaje hacia el sur, recordando lo que habíamos vivido en Arezzo, algunas semanas atrás. Allí nos habíamos encontrado con una situación inhóspita, debido a la invasión florentina, que tenía muy desmotivada

a la gente. Las calles eran inseguras para los transeúntes, además de estar llenas de basura que nadie recogía. En esa ocasión, nos dirigimos hacia la plaza a entregar nuestro canto. Me puse a predicar, y se juntó mucha gente. Traté de hacerles ver la necesidad de salir del caos y de la vida delictual. Por cierto, no iba a bastar con las buenas intenciones. Algo había que hacer para que la gente no siguiera cayendo cada vez más bajo. Eso pensábamos en la noche, en una pequeña casa de oración que los Menores de Arezzo habían conseguido prestada para vivir, en las afueras del pueblo.

-Al día siguiente me enviaste a mí -señaló Silvestre, mirándome.

-Sí, como mensajero. ¿Quién más podría haberlo hecho? Recuerda que eres sacerdote.

-¿Cómo fue eso de expulsar los demonios? -preguntó Elías, mientras seguíamos caminando.

-Siete demonios -rectificó Silvestre-, ese detalle es esencial.

-Como los siete demonios que Jesús expulsó de Magdalena -acotó Elías, al instante.

-Eso es -intervine-, "siete demonios" significa alguna cantidad de abatimientos que se han ido criando a lo largo del tiempo.

Seguimos recordando cómo Silvestre había partido con tanta tranquilidad a cumplir esa misión, igual que si se tratara de sacar agua de un pozo, que con seguridad no estaría seco.

-Fue divertido -agregó Silvestre- entrar al pueblo, gritando "De parte de Dios, retiraos los demonios". Yo apuntaba con la mano hacia los techos, centrando ahí el refugio de las malas costumbres.

La gente de Arezzo había quedado tan asombrada que empezó a tomar conciencia de la necesidad de cambiar de actitud. Arezzo ha empezado a salir, poco a poco, de su postración, igual que Pedro en Narni.

\* \* \*

Durante el camino de regreso a Asís pensé que sería bueno que el Papa Honorio ratificara nuestra Forma de Vida, que aprobó Inocencio, años atrás. Así se lo dije a Elías, y él estuvo muy de acuerdo.

-La comunidad necesita tener una Regla -reafirmó.

En cuanto llegamos a Asís me puse a escribir la Regla, en los mismos términos en que estaba esa primitiva Forma de Vida. Incluí algo adicional, la obligatoriedad de tener un período de prueba para los nuevos Hermanos, ya que ése es un verdadero clamor de Ugolino y Elías. Traté de que el documento no fuera muy rígido ni tuviera tanto reglamento, sino más bien sea un propósito de vivir de acuerdo al evangelio de Jesús. Le pedí a Cesáreo de Spira que me ayudara con las citas bíblicas. En todo momento, quise que la regla proviniera de Cristo y no de mí. Puse énfasis en la convivencia fraterna, pacífica, sin agresiones, y en el anuncio del evangelio de Jesucristo. Al final, cité extensamente las Bienaventuranzas.

La regla no fue aceptada por la asamblea del 1221 porque la encontraron larga y poco precisa en cuanto a normas disciplinarias. Tuve que asumir que los tiempos han cambiado con mucha rapidez, y las motivaciones de la gente son otras. Se ha perdido la mística del comienzo. Algo se podría hacer para reencantar a los Hermanos con esa vida de los primeros años, ese fuego que aún está en mí. Mientras tanto, no me quedó más remedio que

hacer otro documento más corto y con más normas específicas, pero sin perder lo esencial que Jesús nos pide. Para ello me recliné con León y Bonicio de Bolonia, en ayuno y oración, en un eremitorio benedictino en el Monte Colombo, cerca de Rieti.

Cierta noche tuve un sueño en que yo recogía del suelo unas migas de pan para repartir entre los Hermanos. Con las migas hice una hostia, la cual no desaparecía nunca. Cada vez que la daba a alguien, volvía a tener otra igual en mi mano.

Conversé el sueño con León y él me hizo ver su parecer respecto al significado:

-Las migas son las palabras del evangelio... y la hostia es la Regla.

Eso me reafirmó que hacíamos un trabajo correcto. Y... por cierto, era algo que estábamos recogiendo del suelo. Agregamos un concepto a la regla, en el sentido de admitir un grado de adaptación al entorno, pero sin dejar de ser auténticos. Los Hermanos no deberían convertirse en hombre corrientes, pues la sal no puede perder su sabor.

Volvimos a Asís con nuestra nueva versión del documento. La entregué a Elías para que la estudiase, antes de darla por definitiva, y me retiré a Las Cárcelas para hacer oración. Allí me encontré con Egidio, que está siendo cada vez más contemplativo. Al segundo día de llegar lo vi ensimismado, con los ojos hacia el cielo. No me cupo duda que estaba en la presencia divina. Después me contó lo que estaba viviendo en ese largo instante.

-Vi muchos tronos -me dijo Egidio-, y uno de ellos estaba adornado con piedras preciosas... Pregunté que para quién era ese trono... Entonces supe que había pertenecido a un ángel que después pecó... y ese trono lo ocupará Francisco.

-¿Quién, yo?

-Sí, Francisco.

-Eso es así porque yo soy el más pecador.

Egidio se rió de mi salida, pero yo lo había dicho en serio.

-Cuando eras trovador, y la gente te regalaba cosas, tu agradecías, ¿cierto?

-Sí

-¿Te das cuenta ahora, que en aquel momento estabas jugando a hacer una oración?

-Sí, Egidio. Claro que me doy cuenta -reí.

Entonces, fuimos a buscar nuestros improvisados laúdes y nos pusimos a cantar.

## **29.- Elías en su primer Capítulo**

Llegaron miles de Menores a esta asamblea al aire libre, en el año 1221. Todos muy cerquita porque no quieren perderse ninguna palabra. He tenido que gritar para que me escuchen los de más al fondo. No pudo asistir el Cardenal Ugolino, y en su reemplazo vino el Cardenal Raniero Capocci.

Hace pocos días llegó también Francisco, que estaba en Las Cárcelas. Se molestó mucho en cuanto hizo su aparición, al ver el convento nuevo, mi orgullo, un edificio precioso que construimos con la ayuda de Ángelo, el hermanastro de Francisco, en muy breve tiempo. Ni siquiera es una casa de

lujo, nada de eso. De todos modos, a él no le pareció bien siendo éste el lugar en que todo empezó, en una actitud tan distinta.

Francisco no alcanzó ni a saludar y ya estaba arriba del techo, sacando tejas y tirándolas lejos.

-No la derribes -le gritó Ángelo, viendo unas cuantas tejas destruidas en el suelo-, la casa es del Comune.

Ante esa queja, Francisco bajó de ahí, un poco más tranquilo, y todo se aclaró. Yo me reía, no más.

-Hay que vivir como peregrino -dijo Francisco sonriente, y entonces sí que empezó a saludarnos.

-La pobreza es nuestro fundamento -agregó después.

En ese momento le pedí que se hiciera cargo de abrir el Capítulo que iba a comenzar al día siguiente. Y lo hizo con mucho agrado, y también con sabiduría, apoyándose en un bello salmo que dice "Bendito sea el Señor que me prepara para combatir".

Terminada esa introducción, Francisco me dejó la palabra y se sentó muy cerca mío. Entre otras cosas, hablé un poco de lo que ha sido mi vida. Del pobrísimo caserío en que nací, a pocos kilómetros de Asís. De la amistad que me unió a Francisco desde niños y muy especialmente en la juventud, en esa etapa en que nos gustaban las fiestas y el ruido a altas horas de la noche. Les hablé del tiempo que permanecí en Bolonia, tierra natal de mi padre, donde pude estudiar en la Universidad, gracias a su sacrificio, y a que trabajé como escribiente en una notaría, y también enseñando a los niños a cantar los salmos.

Me atreví a decir que le tengo veneración a Francisco. Él me considera un buen organizador, pero eso no lo dije, pues no estaría bien echarme flores yo mismo. Por algo me recomendó a Ugolino para que me nombrara Superior cuando murió Pedro.

También les hablé de mis actividades en Siria tratando de reconciliar a griegos y latinos, cuyas relaciones se habían deteriorado mucho como consecuencia de las Cruzadas. Por encima de todo, mostré mis ansias de renovar la Iglesia. Acá fue donde tuve el primer tironeo de mi túnica. Miré a Francisco, que me señalaba a mí con un dedo.

-Por supuesto, yo tengo que renovarme antes que nadie -acoté, entonces-. Si no soy capaz de corregirme yo, menos podré transformar a los demás.

Ahí entendí por qué Francisco se sentó en el suelo, a mi lado. Él no ha soltado la rienda pastoral, ni la va a soltar tampoco.

Después, Francisco dio lectura completa a la regla que escribió, muy similar a la Forma de Vida que él mismo había elaborado hace unos años, al comienzo de esta aventura.

Muchos se aburrían durante esta parte de la asamblea. Al final, se quejaron de que la regla era muy larga. Después de una discusión se acordó que Francisco redactaría una nueva, más corta.

En este mismo Capítulo nombré a Pacífico como visitador de las Hermanas. Y encargué a Cesáreo de Spira viajar a Alemania con algunos Hermanos más, para organizar la Provincia. Admiro mucho a Cesáreo, que tiene una cultura envidiable y mucha fuerza pastoral. Lo descubrí en Siria, nos hicimos muy amigos y entró a la comunidad. Ha sido un gran aporte. Ayudó a Francisco a poner las citas bíblicas en la Regla.

-¿Qué andas haciendo por acá? -recuerdo que le pregunté cuando nos conocimos, aquella vez en que él llegó por primera vez hasta la pequeña casa en que vivíamos.

-He tenido que salir arrancando de todas partes -fue su alegre respuesta.

-¿Por qué?

-Porque cuando predico, me da por ensalzar a las mujeres, y les hago ver que no valen menos que los hombres. Además, trato de conducir las a una vida más espiritual.

-Entiendo. Son los hombres los que te empiezan a odiar.

-Ciertamente -respondió en esa oportunidad.

Y ahora, se fue a Alemania. Este Cesáreo tiene muy buena voluntad y le encanta viajar.

Semanas después del Capítulo, noté que el ambiente no estaba muy bueno para mí, pues me consideran muy autoritario. Claro, acostumbrados a Francisco y a Pedro..., panes de Dios... ¡Yo quiero que las cosas funcionen!

Hasta Francisco ha estado un poco distante. Evoco con nostalgia esos años juveniles en que hacíamos tanta lesera, con León y los otros. Cuando ellos siguieron por sendas generosas, quise seguirlos también, aunque no tan convencido. Ir con ellos por el mundo. Es que hay algo esencial a lo que no podría renunciar. La religión cristiana ha de volver a ser lo que tiene que ser. Recuperar al Jesús olvidado. El que expulsó a los mercaderes del templo, "Mi casa es de oración, y la habéis hecho cueva de ladrones". Hay mucho que hacer en esto, transformar la Iglesia. Al principio, Francisco estaba fascinado con la fuerza que yo ponía, pero ahora ya no me mira con tanta esperanza. Parece que he rebasado algún límite. Él, que parecía no tener ni fronteras ni rejas...

Yo, jamás tendría el vigor que él tiene para encarnar la pobreza. Somos fuerzas distintas. Creo que nos necesitamos, para componer algo. Me duele que nos distanciamos. No podemos pretender que la fuerza complementaria se apague. Él está muy bien como es, y yo como soy. Sé que Francisco me estima mucho, aunque no comparta mi manera de hacer las cosas. Yo lo acepto como es, y lo admiro. No renunciaré a la misión que creo tener. Soy un poco más frontal. Parece que yo cosechara lo que él siembra, pero no es así. Cada vez que puedo, suavizo un poco nuestra relación amistosa, que no podrá perderse jamás. Lo que más me mueve es la alegría.

En alguna parte he escuchado decir que una vida es como un martillazo para enderezar un clavo. Se necesitarían las vidas de muchas personas para terminar de enderezarlo. Yo quiero aportar un pequeño golpecito para corregir la iglesia, y no quiero fallar.

He intentado hablar con Francisco, pero no me hace mucho caso. Me ha costado tener con él una conversación que nos ayude a recuperar nuestra amistad. Ayer se produjo la ocasión, y la aproveché. Francisco lavaba los platos y los jarros, y decidí ir a ayudarle. Él estaba muy serio, y no me hablaba.

-¿Tienes algo que reprocharme? -le pregunté directamente, con toda la humildad que pude.

Le tuve que repetir la pregunta, porque él seguía callado.

-Apártate de mí, Satanás -me dijo, entonces, igual que Jesús a San Pedro esa vez que el apóstol no quería que Jesús muriera.



Me sentí un poco mal al ser tratado con tanta dureza, pero me puse a pensar en Pedro, y en cómo se sintió él con esa frase tan difícil de aceptar, hasta que pude sonreír porque nuestra escena se parecía a la del evangelio. Francisco se contagió con la buena disposición que logré tener, y poco a poco fue brotando la risa en ambos, y hasta pudimos conversar. Así fui entendiendo que son los clérigos los que están molestos conmigo porque no les asigno más cargos que a los laicos.

-No es que esté mal... -empezó a decir Francisco.

-Tenemos que renovar la Iglesia -le interrumpí- eso es lo importante.

-Sí, pero los conflictos con el clero no ayudan.

Trató de convencerme de tener paciencia.

-Si te enfrentas a la jerarquía -agregó- nunca vas a lograr convertir la Iglesia. Tú eres Iglesia..., conviértete tú primero.

-Francisco, tenemos que luchar.

-Lo primero que tenemos que vencer es nuestra propia iniquidad.

-Bueno, pero... recuerda que Jesús expulsó a los mercaderes del templo. Y lo hizo con violencia.

-Tienes que fortalecer lo positivo. Si no... ¿Qué vas a obtener...? Que te excomuniquen. Eso vas a obtener.

Me dejó pensativo.

-Reza por mí -le supliqué en ese momento.

### **30.- Francisco deprimido**

Bajé a la Porciúncula, con la esperanza de tener un veredicto acerca de la Regla. Tuve que preguntar porque nadie hablaba de eso, como si fuera un tema demasiado candente. Obtuve una evasiva tras otra, hasta que abordé a Elías a solas.

-¿Qué pasa con la Regla?

-Está perdida.

-¿Qué...?

-Alguien la tomó sin permiso, y... no sé..., no apareció más.

-No la cuidaste. Era un trabajo de muchos días, hecho con amor... y con oración..., consulté a personas entendidas, traté de hacerlo lo mejor posible. ¿Y todo para nada...?

Elías agachó la cabeza y se disculpó, compungido. Reconoció su descuido. Lo tuve que tranquilizar, pues siempre he confiado en él. De todos modos, me deprimí un poco. Me dolió porque no pude evitar pensar que alguien perdió el documento deliberadamente para que la regla no prospere. Desde las sombras, con hipocresía. Alguien que no merece estar donde está. Ya sé que no es Elías, pero... es alguien, mezclado con el resto de los Hermanos, corrompiendo la comunidad.

Traté de indagar quién extrajo el documento desde el lugar en que se guardaba. Sin resultado. Me imaginaba un fraile sin rostro, visto de espalda, a lo lejos, en la penumbra, entrando con sigilo donde no debería hacerlo. Y yo, esperando hasta que el hombre salía... caminando de espalda.

Comprendí que esto ha tenido que ocurrir para algo. Aunque tenga que trabajar el doble, lo haré sin reclamar. Es una oportunidad para escribir una regla mejor que la anterior. Solucionar sus errores, que debe haberlos tenido. Pensé en hacerlo con León, que escribe muy bien, y está inspirado en lo mejor.

De todos modos, se me hacía muy difícil partir de nuevo con esto. A ratos me corroía la furia. Me preguntaba si acaso habría estado equivocado cuando elegí el rumbo de mi vida.

Yo no estaba nada de bien cuando llegó Ángel, al día siguiente. Justo mientras yo oraba "Señor, haz que alguien quiera escucharme".

-La hermana Clara quiere que vayamos a San Damián a hablarles -casi gritó Ángel.

-¿Por qué? ¿Qué pasa?

-Pasa que le han ofrecido unas propiedades, y ella quiere rechazarlas.

-Me parece bien que las rechace.

-Es que hay varias Hermanas que quieren aceptar.

-Bueno, habrá que convencerlas de su error.

-Eso es, justamente, lo que la hermana Clara pide que hagas por ella.

Consideré que era tan urgente, que en cuanto pude me dirigí hacia San Damián. Llegué agitado, directo al Oratorio. Una a una fueron llegando las Hermanas. Yo esperaba, en un estado de ánimo no muy amistoso, pero traté de tranquilizarme. Cuando ya estaban todas reunidas, empecé con una oración. Ellas la siguieron con gran entusiasmo, dando gracias a Dios por ese momento. Las veía un poco borrosas porque me está fallando la vista desde hace algunos días, pero escuchaba muy bien sus voces, y me preguntaba cómo podía ser que estas personas tan divinas estuvieran pensando en adquirir propiedades.

Las Hermanas miraban la vasija que yo andaba trayendo. Seguramente lo hacían con mucha curiosidad.

Llegado el momento, destapé el cántaro, que no contenía más que ceniza. Vací un poquito delante de mí y otro poco hacia los lados, y también hacia atrás. Esparcí la ceniza en círculo, para simbolizar la soledad que sentía. Y para ser más gráfico aún, vací en mi cabeza el residuo que sobró, y desde ahí fue cayendo sobre mi ropa.

-Somos como esta ceniza -pronuncié lentamente, y después guardé silencio, pues quería que sintieran eso de ser ceniza, mientras yo trataba de mirar al crucifijo con los ojos semicerrados, buscando inspiración.

-Señor, ten compasión de nosotros -empecé a recitar un salmo.

Al final, cantamos, y después me despedí de cada una. Muchas lloraban. Clara estaba un poco rara, pero siempre sonriente. Me dio las gracias y no trató de retenerme.

Al día siguiente correspondía dar el veredicto, y todas estuvieron de acuerdo en rechazar la propiedad.

De todas formas, en los días que siguieron me deprimí bastante. Donde me pusiera me sentía fuera de lugar, y sin esperanza de revertir el fracaso que ya estaba palpando en esta aventura loca en que un día me metí, y ahora no hallaba cómo huir de tal situación que me estaba doliendo demasiado. Era como si una espada revolviere mis entrañas.

De repente reaccionaba con mal humor frente a mis compañeros y después me arrepentía y retornaba a pedirles perdón. Cuando estaba solo, le gritaba a Dios. Yo mismo no me soportaba.

-Estás metido en un pozo de amargura -me dijo León, con tranquilidad.

-Soy un pecador.

-Todos lo somos, pero tenemos que salir adelante.

-Gracias por tu preocupación -intenté dejar la conversación hasta ahí.

-Hasta Clara se dio cuenta, el otro día, y también está muy preocupada.  
-Ya se me va a pasar.  
-Tienes que ir a ver a Clara -esta vez, León me habló golpeado, como no lo había hecho nunca.  
-No quiero llevarle mi tristeza... ni contagiarla con la oscuridad de mi alma.  
-¿No crees que ella tiene luz?  
-Tú... ¿irías conmigo? -le pedí, después de un largo silencio.  
-Por supuesto.  
-Que si no, no soy capaz.  
Partimos con rumbo a San Damián, y me pareció que llegamos demasiado rápido. Clara nos recibió. Para mí, ella es una fuente divina.  
-Dejadnos solos -ordenó Clara, y nos sentamos en el escaño del patio. Así, los demás podrían vernos, pero no escucharnos.  
-Los Hermanos se avergüenzan de mí -comencé diciendo.  
-¿Te lo han dicho?  
-No necesitan decirlo.  
-¿Qué te hacen?  
-Me piden reglas y después no las aceptan...  
-La única Regla está en el Evangelio.  
-Eso es lo que trato de hacerles entender.  
Clara me hacía muchas preguntas que me obligaban a mirarme desde un punto de vista nuevo para mí.  
-Estoy ciego -dije de pronto, exagerando sólo un poco mi problema de la vista.  
-¿Tienes más dificultades que antes para ver a Dios?  
-No, Clarita, si buscas por ahí, puedo decirte que Dios me ha llamado para sacar a la Iglesia del pantano en que se encuentra, y noto que me estoy empezando a hundir junto a ella.  
-¿Cómo podrías sacarla de ahí, en vez de hundirte?  
-No sé si puedo... No sé si quiero...  
-Deja que la cizaña crezca junto al trigo..., ya vendrá el momento de quitarla.  
-¡Cizaña...! ¡Cizaña...! Es que no quiero formar parte de una guerra contra supuestos enemigos.  
-Jesús nos dice "Convertiré tu tristeza en alegría, que nadie te podrá quitar" -me recordó Clara, con un temblor en su voz.  
-De repente pienso en desistir.  
-¡Encendiste mi llama...! -casi bramó Clara-, y ahora... ¿piensas apagármela? Tienes que seguir regando tu plantita... No echarás todo por la borda.  
Me puse mentalmente en su lugar. Recordé esa vez que me dijo "Te seguiré hasta el fin del mundo". Por seguirme a mí, decidió una forma de vida y arrastra a otras personas a esa misma vida, que la gente no comprende. No puedo desistir de la obra de Dios. La sal no puede perder su sabor.  
A esas alturas, me puse a llorar como un niño chico, y no podía parar. Entonces, me di cuenta que Clara también estaba llorando.  
Comprendí todo. Y adquirí esa nueva fuerza que había querido abandonarme. Por fin pudo entrar la luz en mi alma. Después de los llantos,

Clara me invitó a compartir un pan y un vaso de vino, junto a León y a Bienvenida.

(fin de la octava parte.

Continuará)